

Homilía - Vigésimo Octavo Domingo del Año A

Amados en Cristo, quizás ustedes pueden haber oído acerca de la nueva traducción del Misal Romano en Inglés. En este momento, eso no es la preocupación de nuestra comunidad hispana. Sin embargo, esta homilía nos ayudará a beneficiarse de la catequesis sobre el Misal Romano. Un objetivo es renovar el celo y fervor del creyente por la Misa, quien “al encontrar una Liturgia rejuvenecida en un texto nuevo, puede profundizar su compartir en el sacrificio de Cristo”. Nuestra catequesis hoy se enfocará en una “Participación Litúrgica,” cómo podemos participar activamente y adecuadamente. Esta es una etapa muy crucial porque muchos católicos asisten regularmente a Misa, pero no entienden el significado profundo de la misma. En efecto, ¿cómo puede una persona participar beneficiosamente en algo que en verdad no entiende adecuadamente? Es por lo que la Primera Lectura (Is 25:6-10a) y el pasaje evangélico (Mt 22:1-14) nos llevan a preguntar: ¿De qué trata la Liturgia? ¿Cómo debería la gente responder a la invitación de Dios? ¿Qué comportamiento deberían tener durante la Misa?

¡Qué privilegiados somos los católicos! Mis hermanos y hermanas: La Liturgia o la Santa Misa tratan sobre la fiesta de bodas o banquete nupcial del Cordero. Dice la Escritura: “Bienaventurados los que están invitados (los llamados) a la cena de las Bodas del Cordero” (Rev 19:9; NBLH). En este contexto, Cristo presenta en el Evangelio la parábola de hoy: “El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo.” La Primera Lectura agrega: “Un banquete con vinos exquisitos y manjares sustanciosos.” Esto no es una comida y bebida común y corriente; la Liturgia es el manjar sustancioso espiritual del Cuerpo de Cristo y el vino exquisito espiritual de la Sangre de Cristo.

“¡Cada celebración de la Eucaristía es una fiesta nupcial del cielo y la tierra!” (Bob Wester, Director de Liturgia). Recuerden, el mismo Cristo, la Santa Eucaristía, es el “Pan bajado del Cielo.” A través de nuestra participación, tiene lugar un intercambio místico, un matrimonio místico. En la Misa, cuando el diácono o el sacerdote echa vino y un poco de agua en el cáliz, dice, “El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana.” Llegamos al tope de una montaña espiritual, el reino de Dios. Y “en este monte... [El Señor] destruirá la muerte para siempre; el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y borrará de toda la tierra la afrenta de su pueblo.” Como lo declara Cristo: “Vengan a Mí, todos los que están cansados y cargados, y Yo los haré descansar” (Mt 11:28). Esta es la razón para ofrecer las Misas por nuestras diversas intenciones. Por último, Cristo nos dará un “festín con platillos suculentos”; esto es, completa paz, alegría, felicidad y vida abundante. Lograremos la visión beatífica, completa y eterna de Dios y proclamaremos: “Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara.” Sin dudas: “Habitaré en la casa del Señor, por años sin término” (Palabras del Responsorial del Salmo 23: 1-3a, 3b-4, 5, 6). ¡Qué esperanza tan llena de bendiciones! ¡Qué garantía tan valiosa!

Todo creyente debería ser celoso al responder a la invitación

generosa de Dios con la asistencia a Misa al menos cada domingo. Dice Dios hoy: “Tengo preparado el banquete... todo está listo. Vengan a la boda.” Desgraciadamente, así como muchos invitados en el Evangelio se excusaron, mucha gente hoy no responde a la invitación de Dios. Imagínense cuántas personas no van a la iglesia hoy. Siempre tienen una excusa porque no les es posible asistir a la Iglesia: algunos “ignoran” la invitación; otros a su “campo”; otros de sus “negocios” (golf, comidas, diversiones, trabajo, etc). Algunos aun tratan de matar a los creyentes y tratan de destruir la Iglesia. ¡Qué vergüenza! Mis hermanos y hermanas: evitemos ser como esas personas; por favor, busquen siempre la oportunidad de celebrar con el Señor. Cristo dice: “Trabajen, no por el alimento que perece, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el cual el Hijo del Hombre les dará, porque a Él es a quien el Padre, Dios, ha marcado con Su sello” (Jn 6:27).

Por lo demás, no es suficiente con asistir a la Misa; debemos estar activamente comprometidos en la celebración. La Iglesia enseña: “La participación de cada persona en la Liturgia es importante”, de acuerdo a las normas y roles aprobados; también se tomará en cuenta el presentarse ante el Señor “sin la vestimenta de boda.” “Los Obispos y sacerdotes... actúan... con la misma persona de Cristo, en representación de su pueblo... El Obispo, además, tiene la responsabilidad de ser el pastor principal, el liturgista principal de su diócesis en su rol de sucesor de los apóstoles... En la celebración de la Misa, los diáconos proclaman el Evangelio, en ocasiones hacen la homilía, y asisten al Obispo y sacerdote a ejercer sus obligaciones sagradas. Además de los ministros ordenados, algunos roles en la Liturgia son ejercidos por laicos que dedican su tiempo y talento al servicio de la asamblea litúrgica; tales son acólitos (o servidores del altar), lectores, ministros extraordinarios de la Comunión, cantores, miembros del coro, músicos,... ujieres [directores de liturgia, sacristanes, etc].”

Todos los roles litúrgicos deben ser conservados y respetados: “Por ejemplo, si un diácono está presente, el sacerdote celebrante o concelebrante no debería leer el Evangelio. El lector no debería asumir el rol del acólito o ministro extraordinario de la Comunión.” Además, el ministro extraordinario de la Santa Comunión debe ceder su espacio al sacerdote o diácono, si hay suficientes sacerdotes y diáconos para distribuir la Santa Comunión. “Aquellos que vienen juntos para la Liturgia no pueden darse el lujo de ser meros espectadores, esperando que todo se haga para ellos. ‘Una participación completa, consciente y activa’ en la Liturgia (como lo ordena el Concilio Vaticano II) no es solamente su derecho, sino también su obligación y responsabilidad. En conclusión, “la participación” no se refiere fundamentalmente a la actividad o función externa durante la celebración de la Misa; más bien, se refiere a una participación de mente y corazón profundamente espiritual, interior, llena de devoción y que penetra en lo más profundo de los misterios que celebramos.” Esto es evidente en manera en que recibimos y tratamos a la otra persona con dignidad, reverencia y amor. Finalmente, en las palabras de San Pablo en la Segunda Lectura (Fil 4:12-14, 19-20), pedimos que “Dios... remediará con esplendidez todas las necesidades de ustedes, por medio de Cristo Cristo Jesús”. Amén.